**LA LENGUA ZIFTANA Y LAS COSAS DEL MUNDO**

(Texto adaptado de Markus Gabriel, *Por qué el mundo no existe*)

I

Las lenguas del mundo son muy diferentes y todos sabemos que la que un niño aprende es sólo una circunstancia de la cultura en la que vive. Una niñita de Boston crecerá hablando el inglés bostoniano porque nació en un entorno inglés bostoniano, no porque sus genes sean bostonianos. Y un recién nacido de Beijing hablará un día el chino mandarín porque habrá crecido en un entorno mandarín, no por predisposición genética. Si los intercambiamos, el niño nacido en Beijing terminará hablando un perfecto inglés bostoniano y la niña de Boston terminará hablando un perfecto mandarín. Millones de ejemplos lo acreditan.

Aparte de eso, la diferencia más obvia entre las lenguas es que escogen nombres -*etiquetas*- diferentes para los conceptos. Y como todo el mundo sabe, esas etiquetas no pretenden ser otra cosa que convenciones culturales. Dejando de lado algunos casos marginales de onomatopeyas, como la del cuclillo, en las que la etiqueta trata de reflejar la naturaleza del pájaro que describe, la mayoría de ellas son arbitrarias. Una rosa seguirá siendo la misma rosa con la misma fragancia pese a que pueda nombrarse como “rosa”, “růžový”, “Rose”, “ροζ”, “розовый” o “薔薇(pronunciado “bará” en japonés).Las etiquetas pertenecen, pues, a los atributos de cada cultura y no tienen casi nada de natural.

Pero ¿qué sucede si observamos más allá de las etiquetas? ¿Son los conceptos ocultos tras las etiquetas «rosa», «dulce», «pájaro» o «gato» tan arbitrarios como las propias etiquetas? ¿Es también una simple convención cultural la manera en que nuestra lengua esculpe el mundo en conceptos? ¿O es la naturaleza quien ha establecido por nosotros la frontera discernible entre «gato» y «perro» o entre «rosa» y «pájaro»? Como la pregunta parece bastante abstracta, pondré un ejemplo práctico.

Imaginemos una remota isla perdida, Zifta, con una lengua muy peculiar para nosotros, el ziftano, que nos empeñamos en aprender. Pero nos encontramos con dificultades casi insuperables. Por ejemplo, los ziftanos carecen de una palabra para expresar nuestra idea de “avecilla” y tampoco tienen términos que en dicha lengua puedan expresar la idea de una rosa. Pues en su lugar, la lengua ziftana utiliza una palabra, “avesa”, que significa rosas blancas y todas las avecillas, salvo aquellas con pechera carmesí, y otra palabra, “rocilla”, que significa avecillas con pechera carmesí y todas las rosas, salvo las blancas.

El sentido común nos dice que la manera ziftana de distinguir conceptos es inverosímil y salta a la vista que no es natural combinar avecillas de pechera roja y rosas que no sean blancas en un solo concepto, *rocilla,* así como tampoco lo es agrupar otras avecillas junto con las rosas blancas en el concepto de *avesa.* Y si la distinción ziftana entre rocilla y avesa es poco natural, la división que establece la lengua española entre avecilla y rosa debe ser de alguna manera natural. Por lo tanto, el sentido común sugiere que incluso si las lenguas pueden colocar etiquetas a capricho, no pueden aplicar la misma fantasía a los conceptos que subyacen a las etiquetas. Las lenguas no pueden reunir objetos de manera completamente arbitraria. Toda lengua tiene que clasificar el mundo de manera que agrupe cosas realmente similares o, al menos, percibidas como similares. Por eso es natural que diferentes tipos de avecillas reciban su nombre como un solo concepto, pero no lo es que un grupo arbitrario de avecillas y un grupo arbitrario de rosas estén juntas bajo una misma etiqueta.

De hecho, una rápida observación de la manera en que los niños adquieren la lengua confirmará que conceptos como «pájaro», «gato» o «perro» tienen algo de natural. Los niños preguntan casi todo lo imaginable (y muchas cosas inimaginables), pero nadie se ha topado nunca con un niño que pregunte: «Mamá, ¿es un perro o un gato?». Por más que alguien piense y rebusque en su memoria, es poco probable que se acuerde de que algún niño le haya preguntado: «¿Cómo puedo saber si es un pájaro o una rosa?». Aunque los niños necesitan que les enseñen las etiquetas de los conceptos en la lengua de su entorno, nunca hay que explicarles cómo distinguir entre los conceptos. A un niñito le basta con ver unas cuantas imágenes de un gato en un libro para que la siguiente vez que vea un gato -aunque sea de color anaranjado en lugar de a rayas, aunque tenga el pelo largo, el rabo corto, un solo ojo y le falte una pata trasera- siga reconociéndolo como un gato, no como un perro, un pájaro o una rosa. El hecho de que los niños entiendan instintivamente estos conceptos muestra que el cerebro humano está equipado de forma innata con poderosos programas que identifican modelos y clasifican los objetos similares por grupos. De ahí que conceptos como «gato» o «pájaro» deban corresponder de alguna manera a esta capacidad innata de clasificar el mundo.

Para nosotros hay, pues, realidades naturales, y así se expresa en nuestro lenguaje y en nuestra manera de experimentar y conocer el mundo, nuestro mundo. Llamemos a estas realidades naturales “sustancias”.

II

La cuestión de cuántas sustancias hay realmente es más emocionante de lo que parece a primera vista. ¡Observemos más de cerca! Existen objetos particulares como los bolsos y los cocodrilos, que a su vez se componen de otros objetos -por ejemplo, bolsos hechos de piel de cocodrilo o cocodrilos que (rara vez) contienen bolsos (si se acaban de comer a una señora con bolso y todo). Muchos de los objetos individuales consisten en otros objetos individuales. ¿Qué criterios aplicamos para distinguirlos?

En el caso de bolsos y cocodrilos no parece haber problemas porque raramente ocupan el mismo espacio. Están separados, se trata de distintos objetos individuales. Esto también se aplica a mi mano izquierda y mi mano derecha. Sin embargo ambas van juntas, forman parte de mi cuerpo. Así pues, tenemos el caso de objetos diferentes separados espacialmente (bolso y cocodrilos), y el caso de objetos individuales también separados espacialmente pero relacionados en un todo del que forman parte (mis manos izquierda y derecha). Pensemos también en un teléfono inalámbrico. Cuando compramos un teléfono inalámbrico, adquirimos un receptor y una parte separable del receptor, el auricular. En este caso tenemos dos objetos separados (receptor y auricular) que componen un objeto único (teléfono inalámbrico) sin estar relacionados físicamente en absoluto (bueno, o eso es lo que nos parece intuitivamente). También podría aplicarse a Estados Unidos: Alaska o Hawai no están conectados espacialmente a los demás estados; sin embargo, forman parte de la unidad que llamamos Estados Unidos.

El receptor y el auricular constituyen entre ambos un objeto único, el teléfono inalámbrico. Receptor + auricular = teléfono inalámbrico. Esto no se aplica si tomo el auricular con mi mano izquierda. La suma «Mano Izquierda + auricular» no da lugar a un objeto individual real, como un «Auricularmanoizquierda». Simplemente no hay Auricularmanoizquierdas, mientras que sí hay teléfonos inalámbricos.

Con todo eso quiero decir que no todos los objetos que de alguna manera vinculamos forman un nuevo objeto, más complejo. Insisto, por tanto, en la pregunta: ¿en qué casos formamos objetos complejos con acierto y con razones objetivas? Pensando abstractamente se podría opinar que cualquier objeto se puede conectar con cualquier otro para formar un objeto conjunto. Consideremos mi nariz y mi oreja izquierda. ¿Existe realmente la sustancia, la cosa, el objeto compuesto por mi nariz y mi oreja izquierda? Podríamos llamarla mi “nareja izquierda.

Obviamente, distinguimos entre sustancias compuestas (teléfono inalámbrico o cuerpo humano) y meros agregados o agrupaciones objetuales, que comprendemos como invenciones arbitrarias de la imaginación humana. No todas las agrupaciones objetuales dan lugar a un objeto individual real. Cuando le doy a alguien la mano, ¿pasamos a ser una sola persona? Obviamente no, a pesar de que formamos una unidad espacial. La unidad de personas no puede consistir por tanto, exclusivamente, en el hecho de que formen una unidad espacial. Con otros objetos, como una montaña, una proximidad física parece ser suficiente para crear un nuevo objeto -una cordillera. De nuevo: ¿qué es lo que nos permite distinguir entre los objetos reales y las agrupaciones arbitrarias de propiedades o de objetos?

 A mí me parece que no existe ningún catálogo de criterios disponible, independiente de la experiencia, mediante el cual pudiéramos identificar todos los objetos realmente existentes en el mundo y que producimos a lo largo de nuestra existencia individual y como especie. Simplemente no hay ningún procedimiento mediante el cual se pudiera escribir un programa que dictaminara, para cada conjunto de propiedades, si hay alguna auténtica sustancia asociada con él. Hay diferentes tipos de criterios, y algunos de esos catálogos se demuestran falsos con el tiempo (como cuando agrupamos las ballenas junto con los peces).

Considerábamos inverosímil la clasificación del mundo de la lengua ziftana porque era contraria a un poderoso programa instintivo que nos lleva a agrupar los objetos según sus semejanzas. Existen las rosas y las avecillas, las narices y las orejas izquierdas, pero no las rocillas ni las avesas ni las narijes. Pero tampoco este criterio basado en semejanzas externas es seguro. Si esto fuera así, los primeros objetos que agruparían los niños serían los que se parecen y que, a su vez, mostraran una diferenciación manifiesta de otros objetos como gatos, perros, sillas o mesas. Este tipo de objetos formarían las categorías *básicas*; por el contrario, les sería menos fácil organizar categorías *globales* como animales, muebles o vehículos, pues agrupan objetos que difieren mucho en su aspecto exterior. Sin embargo, investigaciones en psicología evolutiva llevan a la conclusión contraria: se diferencian antes las categrorías globales que las básicas. Hay razones, pues, para pensar que no solo (ni fundamentalmente) el parecido exterior es el que determina la partición en categorías que permite identificar las sustancias del mundo.